



IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.



AGUILAR Y MAROCHO

SIN contar con las alas de paloma que nuestro querido poeta Carpio deseaba

para cruzar los valles y los ríos,

Cero, que hace días se está cerniendo sobre el campo liberal, pasa en un momento á los últimos reductos del partido conservador á buscar allí, en prueba de imparcialidad, el hoy escogido, si no por su corazón, sí por su pluma.

¿Quién será de ese compacto grupo el que merezca romper la marcha en el desfile de las notabilidades vivientes del partido neocatólico?

Indudablemente es un hombre que á primera vista aparece como jefe del grupo militante. . . . Le estoy mi-

rando. . . . tiene una estatura regular, al ménos en nuestra raza; representa mayor edad de la que realmente cuenta; los disgustos políticos y las enfermedades, han hecho que los años pesen más duramente sobre su cabeza que se ha inclinado ántes de tiempo, y los múltiples surcos de su tez pálida dan á su fisonomía un aspecto que no debería tener si su vida se hubiera deslizado tranquila sobre el bufete y entre los *in folium* del jurisconsulto.

Pero el torbellino de la política le arrebató hasta llevarle á un Ministerio, y muchos de sus años han corrido entre las sombrías y agitadas esperanzas del conspirador. Su inteligencia le ha colocado muchas veces á la cabeza de su partido, y su constancia, que otros llamarían obstinacion, le ha hecho sobrevivir al naufragio de sus banderas y á la desercion que ha aclarado las filas de sus compañeros.

Ya se entiende, y si no, debe de entenderse, que nos ocupamos de Don Ignacio Aguilar y Marocho, y aunque de paso hemos tocado su vida pública, más bien ha sido como muestra de su carácter que como apreciacion de su credo político.

Él y Cero han estado siempre bajo opuestos estandartes; Aguilar se ha aferrado al lábaro de Constantino, como aquel griego Kynégyros, de quien cuenta Herodoto que asió con la diestra mano la proa de una nave enemiga; cortáronsele con un golpe de segur; se asió con la siniestra que también perdió, y entonces se aferró con

los dientes, hasta que un tercer golpe le hendió el cráneo y le hizo perder la vida, como Jaafar el lugarteniente de Mahoma en la batalla de Muta contra las tropas del emperador Heraclio. Jaafar llevaba la bandera santa del Profeta; perdió la mano derecha y enarboló la bandera con la izquierda; perdió también ésta, y con los puños sangrientos sostuvo aún el estandarte sagrado hasta que cayó atravesado por cincuenta heridas (así al ménos lo cuenta Gibbon apoyándose en la autoridad de Abulfeda); ó por último, para que no falte un cristiano, tercer ejemplo, tomado del Padre Mariana en su historia de España, como el alférez Olea, que en la batalla de Cantespina, por defender el pendon de Castilla contra las huestes de Alfonso el Batallador, perdidos ya uno y otro brazo, se arrojó en tierra, protegiendo con su cuerpo el estandarte que no consiguieron arrancarle hasta después de haberle cercenado la cabeza.

Pero aunque Cero haya visto en opuesto campo al redactor de *La Voz de México*, hoy, al ocuparse de él, le dice lo que el gran Quintana al héroe de la batalla de Trafalgar:

Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

Inútil sería buscar el tipo de Aguilar entre los que nos ha traído la historia de la edad moderna, contándose ésta

desde la Dieta de Worms como quieren unos de un lado del Rhin, ó desde la revolucion francesa, como pretenden los de la orilla opuesta.

Aguilar pertenece de derecho por su carácter, á los cristianos del cuarto siglo de la Iglesia; estudiándolo bien, se comprende que debe de llevar el espíritu de uno de aquellos terribles contendientes de las luchas teológicas bajo los reinados de Constantino y de Constancio. Al verle cruzar silenciosamente por las calles, se siente algo como si se viera á Atanasio el de Alejandría, ó á Arrio su poderoso enemigo.

Aguilar—diría uno de los partidarios de Darwin—es un atavismo político, literario y religioso; entre los antecesores de este señor debe contarse San Cirilo de Alejandría: el alma de Aguilar, diría un discípulo de Allan Kardec, en otra encarnacion ha de haber tomado parte muy activa en la sangrienta cuestion de la consustancialidad.

Los combates entre los *homoousianos* y los *homoiousianos* deben de haber fatigado ese espíritu nutrido con el estudio abstracto y difícil del *logos* de Platon trasplantado á los inabordables limbos de los tres principios archicos.

En el Concilio de Nicea, Aguilar, en esencia, combatiría sin duda los primeros y vigorosos arranques de la doctrina heterodoxa, luchando contra Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedea.

Aguilar es un hombre á quien puede buscarse entre los personajes de los escritos de San Epifanio, de Sozomeno, de Tillemon y de San Ambrosio; se puede pensar de él, que como S. Ignacio de Loyola, divide sus horas de estudio y meditacion entre «La Imitacion de Cristo,» atribuida á Kempis; la «Acta Sanctorum,» del padre Bolland, y libros de Caballería como el Amadis de Gaula, Palmerin de Inglaterra, Florismarte de Hircania ú Olivante de Laura.

Si en el último cuarto del siglo XIX, el ruido de las máquinas y el estallido de los cañones de Krup no distrajera tanto la atencion de los escritores y de los políticos, muchos en México se habrian fijado ya en el carácter de Aguilar, tan completamente extraño á la época en que vivimos.

Los hombres como Prudhome, se adhieren á una esperanza; los hombres como Aguilar se adhieren á un recuerdo; los unos sueñan en una creacion ilusoria; los otros en una resurreccion imposible. Muchas generaciones cruzarán sobre el planeta que habitamos, y no llegará á nacer nunca el Mesías de los hebreos; muchas han de tornarse polvo tambien, y no volverán nunca á la vida ni Alejandro, ni César, ni Pompeyo.

Pero unos y otros tienen su fe, y la fe es una virtud muy rara en el siglo del fonógrafo y del fotófono.

Aguilar, en su juventud era poeta; quizá lo sea todavía; la facilidad y la gracia de sus versos, hacen sensible

que haya abandonado la lira de Apolo por la pesada pluma de la gaceta.

¿Quién no recuerda aquellas chispeantes décimas de la batalla del Juéves Santo? Aguilar las escribió *cálamo corriente*, y aunque inspiradas por la pasión política, cuando su autor estaba oculto, distan mucho de semejarse á esos libelos en que la ruin personalidad y el grosero insulto quieren hoy entre nosotros ocupar el lugar de la sal ática y de la fina alusion de los escritores del siglo de oro de la literatura. ¿Quién no sabe de memoria las siguientes preciosas décimas de la composicion citada?

De tu casa en el blason
Es bueno que se registre,
Con escudo, lanza en ristre,
Manopla y yelmo, un campeon,
Que al correr de su troton
En la plaza principal,
Entre aplauso general,
Se vea con estudio y arte
Pasando de parte á parte
A la iglesia Catedral.

Moribundas dos navetas,
Desangrándose un telliz,
Manca una sobrepelliz;
Una alba huyendo en chancletas;
Una estola con muletas;
Prisioneros dos manteos;
Dispersos seis solideos;
Contuso un bonete adulto
Y un misal pidiendo indulto,
Estos serán tus trofeos!

Este es un cuadro vivo y palpitante que no se hubiera desdeñado de honrar con su firma el duque de Rivas; y el mismo Juan José Baz contra quien iba dirigida la sátira, celebró como hombre de mundo y de talento la inspiracion del autor y la gracia de las décimas.

Por honra de la literatura mexicana, Aguilar debió de consagrar á la poesía esas dotes intelectuales que se consumen hoy en la fatigosa redaccion de *La Voz de México*.

Así nuestra patria hubiera tenido quizá un Quevedo, y algo más sobre que hablara el pobre Cero.

Pero la culpa es de Aguilar y Marocho, á quien, siguiendo el lenguaje católico, le podemos decir que el día del juicio final, en que como dice el catecismo del P. Ripalda, todos hemos de comparecer resucitando con nuestros propios cuerpos, le tomará Dios estrecha cuenta del rumbo que ha dado á su barca, y quizá se le pregunte con voz terrible, como el Señor le preguntó á Cain: IGNACIO, ¿QUÉ HAS HECHO DE TU MUSA? y D. Ignacio, que no habrá perdido sus recuerdos de México, contestará con aquel verso del *Farabe*:

En fin, ella se ausentó
Sin darle ningun motivo;
Por tres dias que no comió
Ya no quiso estar conmigo.

Despues de esto, tal vez se creerá que en su trato familiar, D. Ignacio Aguilar es un hombre seco y de po-

cas palabras, de quien se puede decir lo que creo que San Basilio dijo de uno de los arzobispos de Constantinopla: «católico sin unción y justo sin caridad.» Pues nada de eso; como otra prueba de que el estilo no es el hombre, Aguilar es muy afable en su trato, gracioso y jovial en su conversacion, y eso á prueba de golpes de fortuna y de persecuciones políticas.

Su honradez ha resistido hasta la pluma de sus enemigos, y ni por calumnia le han llamado pícaro; ha vivido la vida del contraste; poeta y jovial, ha pasado muchos años escribiendo artículos dignos de un teólogo; creciendo en medio de la revolucion reformista, ha profesado con encarnizamiento las doctrinas conservadoras; no ha cedido jamas un palmo de sus opiniones; es como era y será como es.

Gritos discordantes forman la armonía de la humanidad. En este gran compuesto cada componente tiene su razon de ser, y forman el admirable cuadro de la marcha del espíritu humano, Voltaire y Santo Tomás, Safo y Santa Teresa, el *cosmos* de Anaximeno ó de Indico Pleustos y el *cosmos* de Humboldt y de Laplace; las *slocas* de Manu, los *Souras* de Mahoma y los versículos de la Biblia; los ejércitos de César y las hordas de Atila; la Inquisicion y la Comuna; la Constitucion de 1857 y el *Syllabus*; *La Voz de México* y *La República*; Aguilar y Juan José Baz.



GUILLERMO PRIETO.



GUILLERMO PRIETO

Más cansado que quien escucha un discurso de D. José María Mata, y con más honda sensación que la que le produjo á Boissy d'Anglas ver á José Rafael Alvarez cruzar en pantuflas verdes el salon de sesiones del Cuerpo Legislativo, no tomaria hoy la pluma para pintar otro Cero en una cuartilla de papel, si no hubiera tenido dichoso encuentro con una persona digna de ser tratada con mayor miramiento que el que usa para con su piocha color de llamas el diputado Ramon Cadena, ó para con sus quevedos de oro y cristal de roca el senador Genaro Raigosa.

Angelico de Fiessola (cuentan las crónicas) se ponía de rodillas para pintar sus Madonas; yo, para escribir este artículo, debo tener el sombrero en la mano izquierda, á no ser que prefiera dictarlo, en cuyo caso no hay

inconveniente para tenerle en la diestra, y esto porque voy á ocuparme del veterano de nuestra literatura, del más inspirado de nuestros poetas líricos.

Pero es el caso que como escribo dentro de mi casa, y ni sopla el viento, ni me molesta el sol, mi sombrero está léjos y no necesito tenerle ni en una ni en otra mano, y además, como he venido al mundo en el siglo de todas las herejías, religiosas, políticas, científicas, sociales, etc., etc., etc., inspirado por el maldito espíritu del siglo, pierdo el respeto que debo á mi hombre y arremeto con él, no sin exclamar como el senador aquel de « La Cabaña del tío Tom: » ¡ Otra ilegalidad! ¡ Otra murmuración!

A ejemplo de los buenos historiadores, hago primero la descripción del terreno y luego paso á la narración y á los comentarios.

Mi personaje cubre su cabeza con negro y polvoroso sombrero de anchísimas faldas; sus vivos pero pequeños ojos, se cierran y abren diez veces en cada palabra; sobre su nariz, que debió de ser aguileña, vacilan unos anteojos de varillas de oro; su bigote gris se junta con la piocha, ocultando unos labios sutiles que á su vez encubren una dentadura que ha sufrido « avería. »

Su levita, holgada y de buen paño, ostenta en la corteza de polvo que la cubre, las huellas de las últimas gotas de lluvia que le cayeron encima á principios del mes pasado, como esos ejemplares que guardan cuidadosamente los geólogos, de formaciones que conservan las

impresiones de la lluvia; su corbata se mueve á voluntad, por sí sola; en el cuello y en la pechera de su camisa suelen aparecer dos enormes brillantes que recuerdan los esplendores de Sirio ó de Arturus en las noches de Enero.

Por estos pequeños rasgos se ve que nuestro hombre no es precisamente lo que nosotros llamaríamos un buen mozo, y los españoles en Madrid un mozo muy guapo. Claro; hay todo un abismo, y abismo insondable entre él y Abdallah, hijo de Abdul-Motalleb y padre del profeta Mahoma, de quien se refiere que era un hombre tan bello, que la noche de su matrimonio con la hermosa Amina, doscientas doncellas murieron de celos y desesperación.

Me sospecho (aunque sin fundamento) que Guillermo Prieto, que es de quien me ocupo, no ha tenido la desgracia de que murieran por él doscientas doncellas, y aun quizá quizá, ni una de las viudas que pensionadas por la Nación, sufrieron (sin paciencia) largos ayunos y abstinencias en los períodos en que él dirigió el Ministerio de Hacienda. Pero como no presento á Guillermo de candidato para modelo en la Academia de San Carlos, ni de tipo para los elegantes de México, dejemos sus prendas materiales, que harta materia han dado ya ellas á los periódicos de caricaturas.

Prieto es el poeta más grande de cuantos han nacido bajo el cielo de México, y su vida entera está ligada á los sucesos memorables de la patria.

Todo periódico ilustrado y sensato de los publicados en este país, en el espacio de treinta años, ha engalanado sus columnas con los cantos de Prieto; las luchas civiles le han dado argumentos para canciones, que entre nosotros serán, como las de Beranger para los franceses, la sublime expresion de los sentimientos del pueblo.

¿Quereis recordar nuestro retroceso de la libertad á la opresion y á la dictadura? Haced que os toquen los *can-grejos*.

¿Quereis grabar en vuestra memoria las atrocidades de Santa-Anna? Leed los «*Viajes de órden suprema*» y fijaos en los romances de aquellas páginas.

¿Quereis saber cómo se distinguian aquí los partidos reaccionario y liberal, llamados *mocho* el primero, y *puro* el segundo? Pedid que os canten *los moños verdes*.

¿Necesitais ver expresados en hermoso y galano idioma los sufrimientos, las amarguras, las esperanzas de los peregrinos de Paso del Norte en tiempo de la Intervencion? Leed los romances «*Recuerdos de la Frontera*.»

Y para ver al pueblo de este país en toda su audacia, su arrojo y su gracejo, abrid ese libro intitulado: «*La Musa Callejera*.»

Prieto firma con su nombre sus cantos sublimes, y con el conocidísimo pseudónimo de «*Fidel*» sus versos populares.

«*Para conocer las costumbres del pueblo y poder re-*

tratarlas en romance,—decia una vez en el Liceo Hidalgo Ignacio Ramirez,—se necesita ser Guillermo Prieto; y quien no tenga la misma facilidad que él tiene, que renuncie á ser poeta con el mismo dolor con que Guillermo renunció la cartera.»

En efecto, asombra, cautiva, fascina la musa de Prieto; álguien quiso imitarle y el público le castigó esa profanacion apénas lanzó audaz su primera parodia.

Prieto, que llora y palpita, y jadea y tiembla y se estremece en la tribuna, y que en nombre de sus canas y de sus desengaños, de sus tempestades y de sus dolores, pide enérgicamente en la Cámara que se reforme cualquier dictámen presentado por la Comision de Policia, es el primero, el más grande, el más inspirado, el más *mexicano* de nuestros poetas cuando canta las glorias ó las heridas de la patria.

Un dia, el 8 de Setiembre de 1872, habló en el bosque de Chapultepec, pintando el heroismo de los que en tan hermoso sitio pelearon contra los invasores en 1847, y parecia cuando hablaba que los ahuehuetes recobran su sávia primaveral al recoger aquellos ecos, que pueden llamarse de la gloria y de la libertad.

¿Y su oda á Zaragoza? ¿Y su canto á Juarez?

¡Ah! cuán grande es ese viejo risueño y cariñoso que apénas es comprendido y estimado por esos literatos de última hornada que se han extendido como una sombra sobre el periodismo, sobre la tribuna y sobre el Parnaso.

Prieto, el último veterano de la guardia vieja de la literatura pátria; el compañero de Lacunza, de Ramirez, de Calderon, de Rodriguez Galvan y de Zarco, debe sentirse huérfano y extranjero en el mundo literario que hoy le rodea.

Los nuevos poetas á quienes más ha estimulado le han vuelto la espalda y le acusan ¡espantaos! de retrógrado.

¡Cómo! me diréis, ¿por qué?

¡Ah! Prieto es defensor ciego de la Constitucion de 57, de esa ley suprema, base y fundamento de nuestro modo de sér político.

Y para el grupo *nuevo*, para los que se han educado á plena luz con Mill, ó con Baine, la Constitucion es una *cosa vieja é impracticable, es una serie de falacias* que no caben dentro del límite lógico en que deben encerrarse las verdades científicas.

Prieto para ellos es un palabrero, un *fantasista*, quizá un enajenado; para mí, es un gran poeta, un leal patriota, un liberal que ha difundido las ideas regeneradoras, lo mismo en el artículo extenso que en el discurso breve, lo mismo en el canto épico destinado á conmemorar grandes hechos, que en el romance ligero y picaresco, dedicado á describir un fandango ó á ensalzar los amores de la *china*.

Prieto, progresista ó retrógrado, será siempre el orgullo de nuestra poesía, gala de las letras mexicanas, in-

térprete fiel de la manera de ser y de pensar del pueblo.

De Guillermo Prieto, como orador puede decirse lo que dijo de Quevedo el gran Quintana: «es extremado.»

Cuando Prieto habla en una de esas discusiones en que no se agita cuestion grave sino que se trata sólo de la dispensa de derechos fiscales á las farolas que van á colocarse en la plaza de una pequeña poblacion, de la manera con que debe interpretarse un artículo del reglamento interior de la Cámara, ó de la pension que solicita la viuda de un retirado que murió á consecuencia (remota) de sus campañas, entónces procurad no oírle porque perderíais la ilusion por el tribuno.

Entónces su discurso lento y monótono se arrastra pesadamente por la tierra procurando en vano levantar el vuelo á regiones más elevadas: entónces Prieto vacila, balbute, se detiene, repite las palabras, las ideas, las frases enteras, parece como que sólo habla su boca y su espíritu está en otra parte; él mismo, se retira descontento de la tribuna, y de seguro nadie se acerca á felicitarle.

Pero, esperad: Llega un momento supremo; un grande interes de la patria ó de la humanidad, le hacen tomar la palabra, y entónces la inspiracion con su soplo de fuego enciende el cerebro del viejo cantor de la libertad; y su palabra, brota fácil, ardiente, conmovedora, sublime; el silencio más profundo en las tribunas y en los bancos de los representantes prueba que todos escu-

chan con una profunda atencion, y vibra su acento levantando un eco de ternura ó de entusiasmo en todos los corazones. Entónces no es el Guillermo Prieto de las letrillas y de los romances, el amigo chancista y decididor, á quien todos hablamos de «tú»; no es Fidel el de los artículos de costumbres, es un hombre superior que se levanta sobre todos nosotros, es un espíritu iluminado que se cierne más allá del mezquino relieve de las cosas vulgares.

Quizá no hallaréis en sus oraciones, ó más bien dicho en sus arranques épicos, las aplicaciones de las reglas que los grandes maestros de la palabra han señalado para la correccion de un discurso; quizá leyendo una de esas peroraciones os parezca su lenguaje desaliñado; pero no leais á Prieto, oidle. ¿Quién trasladará jamas al papel el salvaje rugir de la catarata? ¿Quién exige del bramido de los huracanes, del pavoroso retumbar de la tempestad, ó del gemido de las auras entre las juncias, las clásicas armonías de Haydn, de Beethouen, de Mozart, de Haendel ó de Wagner?

Hermosos y conmovedores son esos inmensos ruidos de la naturaleza, aunque no haya diapason capaz de encerrarlos y de sujetarlos á las leyes de la armonía.

Como poeta Guillermo Prieto ha cultivado con especialidad la oda y el romance: la una le ha valido la celebridad como gran poeta; el otro el renombre de poeta popular.

A ninguno puede aplicarse en México con más acierto que á Guillermo, lo que D. Antonio Ferrer del Rio dice de D. Manuel José Quintana: «¿Quién ha podido negarle jamas el renombre de gran poeta? La musa del patriotismo le ha inspirado sus más altas concepciones, «y los ecos majestuosos de sus cantos enardecieron el corazón de los hijos de España en la época por siempre memorable en que el opresor de Europa fué por ellos vencido y humillado.»

Guillermo ha sido el único que se ha dedicado á pintar las costumbres de nuestras gentes y las tradiciones de nuestra historia en esas composiciones verdaderamente populares que se llaman «romances.»

El «romance» es el patrimonio de los pueblos que hablan la lengua castellana; en los romances se puede estudiar no sólo la historia del idioma desde que separándose del latin comenzó á tener vida propia como lengua rústica, susceptible de progreso y perfeccionamiento, sino tambien la historia del pueblo español, sus creencias, sus inspiraciones religiosas, su espíritu nacional, sus costumbres, sus héroes legendarios ó reales, sus preocupaciones, sus dolores y sus triunfos. En ese rico joyel del idioma castellano, que se llama el *Quijote*, como diamantes incrustados lanzan fulgores los fragmentos de romances sabiamente escogidos que el inmortal Cervantes sabe tan á propósito presentar.

El romance, proscrito muchas veces, como obra del

mal gusto y propia sólo de la gente vulgar, levantado otras á grande altura, en las alas del genio por Quevedo, Lope de Vega, Góngora, y otros, ha llegado hasta el duque de Rivas, siendo siempre la poesía por excelencia para los pueblos que hablan la lengua castellana.

Prieto ha escrito muchos romances; quizá es el único que en México ha cultivado este género de poesía.

Sus romances históricos son buenos, tienen ese sabor arcaico que podemos llamar clásico, y al leer esos romances se recuerda involuntariamente aquellos famosos

Mediodía era por filo,
Las doce daba el reló,
Comiendo está con los grandes
El rey Alfonso en Leon.

ó el de Juan de la Encina

Gritando va el caballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto
Aforradas en sayal.

Con esos romances históricos Prieto presta un servicio á su patria, forma tradiciones de gloria para un pueblo que las tiene siempre en olvido, cuando no por desgracia en desprecio.

Sus romances de costumbres, jocosos ó satíricos, degeneran algunas veces por demasiado llanos, unos, por lo malamente conceptuosos otros, y muchos por la elec-

cion de asuntos que no son dignos de la pluma que de ellos trata. Realmente tienen esos romances el defecto de confundir el « pueblo » con el populacho, la clase pobre con la canalla.

Guillermo ha escrito para el teatro dos piezas; una comedia que se llamaba el « Alférez: » dice que fué muy aplaudida; hay que creérselo porque confiesa que la otra arrancó una silba espantosa: se intitulaba « Los tres boticarios. »

Ya tres boticarios juntos es mucho para una comedia; por otra parte, parece que además de su botica cada uno de ellos tenía en la pieza un argumento separado, que el público no comprendió, ó mejor dicho, comprendió muy bien que aquella no era comedia, y

Desde la primera escena
(Y por cierto que es muy buena)
Sentí levantado el látigo
Contra mi drama, ¿que tal?

Segun noticias, Guillermo vió desvanecerse allí sus ilusiones de autor dramático.

Los tres boticarios entraban y salían á la escena, y

¡ Animas del purgatorio
Cuál bufaba el auditorio!

Y Prieto ménos constante, ménos enérgico que Chavero y Juan Mateos, huyó de las glorias dramáticas, po-

niendo, como los antiguos caballeros, su vista en Dios,
y su corazón en su «musa callejera.»

De las tres unidades clásicas, sólo hubo una en «Los
tres boticarios,» la de acción, y esa, era el público quien
la observaba al silbar la pieza.

